

MURCIA EN LOS VIAJES POR ESPAÑA

POR

ANTONIO PEREZ Y GOMEZ

VIII

Van acabándose ya las relaciones de viajeros ingleses, que pasaron por nuestra región, de que nos proponemos dar noticia a los lectores de MVRGETANA. Esto no significa que no pasaran por nuestra tierra sino los que hemos traído ya, y los pocos que quedan por traer, a estas páginas. No; ciertamente que hubo muchos más porque el inglés se siente atraído a curiosear por países ajenos al suyo y a dejar constancia escrita de su experiencia. Lo que ocurre es que nosotros deseamos que esta sección se nutra sólo con obras que existan en nuestra biblioteca particular.

Desde siempre nos preocupó el saber cómo nos veían quienes, desde otros países, se sentían atraídos por la curiosidad hacia esta región murciana; nos interesaba saber qué efecto produjo en ellos el paisaje de esta tierra, el contacto con sus gentes. Estas lecturas siempre nos enseñan algo; algún dato curioso y olvidado; detalles y peculiaridades de la tierra o de los hombres que nosotros no vemos a fuerza de tenerlos tan cerca de los ojos; quizá, en muchos casos, el origen de equivocadas creencias sobre costumbres y maneras. Esa curiosidad ha hecho que en el sector de nuestra biblioteca donde se alinean los libros que, por algún concepto, se refieren a Murcia, predominen las obras de viajeros que por Murcia pasaron antaño.

* * *

En la preparación del presente artículo, octavo de la serie, nos ha ocurrido una cosa curiosa. Habíamos sacado de los estantes dos obras que, por la experiencia de anteriores lecturas, juzgábamos iban a dar materia suficiente para el trabajo. Cuando quedó terminado de comentar el primero de los volúmenes preparados y comenzábamos con el segundo, vimos



que el recuerdo que existía de él en nuestra memoria era impreciso o que quizás la anterior lectura había sido incompleta. Se trataba de un viaje muy curioso, lleno de observaciones muy atinadas, de consideraciones muy prolijas. La estancia en esta región, desde Elche a Puerto Lumbreras, había sido bastante prolongada. Los detalles adjetivos, fondas, posadas, precios... muy numerosos. Ello nos decidió a prescindir —por ahora— del volumen que ya habíamos extractado y comentado, y a reducir la materia de este artículo al que iba destinado a ser sólo un complemento. Hay, en este viaje, materia suficiente, para que él sólo nos ocupe hoy.

* * *

Su autor fué el súbdito inglés F. H. Deverell. Nada nos dicen sobre este personaje los diccionarios bibliográficos que tenemos en nuestra biblioteca aunque esperamos que, antes de dar cabo a este artículo, podremos dar alguna ilustración al lector. El libro, en el que dejó constancia de su viaje por España, se publicó en Londres, en 1884, bajo el título: *All round Spain by road and rail, with a short account of a visit to Andorra*. Es un volumen en octavo con VIII + 314 páginas. En la portada y como lema figura la siguiente frase: «¿Qué se dice de España?». La obra está cuidadosamente impresa y se presenta encuadernada en tela editorial con títulos, en dorado, en lomo y tapa delantera. En la de detrás un bolsillo sirve para guardar el Mapa de España, tomado del de Coello, donde consta, en rojo, la ruta seguida por el viajero. No sabemos que fuese posteriormente editada ni conocemos ninguna otra obra del autor.

España no le era desconocida. Había venido a la Península en 1878, según nos cuenta en varias ocasiones, sin que tal viaje diese motivo a relato alguno; vuelve en 1883 en cuyo año, el 5 de mayo, dejó su casa de Cannon Street rumbo a España, a través de Francia, entrando en nuestra patria por la frontera de Cerbère. La ruta que después siguió es: Cataluña, Valencia, Murcia, Andalucía, Extremadura, las dos Castillas, León y, por Pamplona, a Barcelona y Andorra.

Deverell era personaje bastante curioso: tenía una auténtica simpatía por España, levantada en su primer viaje y que le hizo regresar disponiendo de más tiempo y con un plan previo para ver lo que deseaba. De aquella primera visita había sacado el vehemente deseo de volver para dedicar algunos días, sin prisa, a ver Valencia, a asistir a alguna sesión del Tribunal de las Aguas, Elche, la «Ciudad de la palmas», Gibraltar, Tarifa con sus mujeres con la cara cubierta al estilo árabe, y «la abominación de la desolación», Extremadura, con sus dehesas y despoblados,



sus plagas de langosta, su Mesta para regular el sistema migratorio de los pastores; Astorga con sus *maragatos*, Roncesvalles y Andorra.

Como todo inglés culto, revela conocer la Biblia perfectamente por la frecuencia con que inserta en sus relatos citas del Antiguo y del Nuevo Testamento sienpre que la oportunidad se le presenta. Nosotros vamos a respetárselas y, aunque él no nos da su localización, añadiremos, al final, en nota, la procedencia de los pasajes.

Se percibe, francamente, su admiración por España, que considera un pueblo de enorme interés, prácticamente inagotable y creando al viajero el problema grave de qué es lo que puede omitirse o qué es lo que puede dejar de ver. Y esto lo dice, no como un lugar común, sino tras enumeración de los encantos que le llevan a formar ese juicio: su lenguaje musical, la solemnidad de sus fiestas religiosas, los gloriosos monumentos, las reliquias del pasado, las riquezas arqueológicas, el esplendor de su arquitectura religiosa, las colecciones pictóricas de Madrid y Sevilla, y todo esto, esparcido por la totalidad de España y ofreciéndose al viajero, en su ruta, ciudades como Córdoba, Granada, Ronda, Elche, Sevilla, Toledo, Valencia, Murcia, Mérida, Barcelona, Burgos, las ciudades amuralladas de Avila, Jaca y Astorga, el palacio encantado de la Alhambra, el sombrío del Escorial, Montserrat, Roncesvalles... formando un país en que a esas delicias sirve de marco extraordinario un paisaje variadísimo, con escarpadas montañas junto a fértiles valles y a llanuras inmensas y ocupado por un pueblo lleno de maneras y costumbres pintorescas y donde se codean bandoleros y caballistas, toreros y mozas de cántaro a la cabeza, la mantilla y la guitarra, la balada y el romance y el culto al amor; y por un pueblo con una historia, —¡y qué historia!— que le llevó a ser el más vasto imperio del mundo, de donde partieron a inventar continentes Colón, Cortés y Pizarro, y que dió a luz la Inquisición, la Armada Invencible, las revoluciones internas, los *pronunciamientos*...

Y percibe el progreso de España; el destierro de muchos usos antiguos —la mantilla y la capa—; la mayor libertad, en público, entre los dos sexos; la modernización de la vida en las grandes ciudades, ya muy parecidas a las capitales del mundo más civilizadas... aunque ello signifique la pérdida de la encantadora simplicidad e ingenuidad de antaño, la elevación del coste de la vida, y... aun la adulteración de los excelentes y densos vinos españoles.

Aun poniendo de relieve la deficiencia de las comunicaciones en algunas comarcas, encuentra nuestro país bien comunicado y con caminos quizás mejores que los que existen en Inglaterra, y pregona que, salvo en pocas regiones atrasadas, las posadas y fondas son cómodas y acogedoras, los precios moderados y el yantar aceptable. En alguna ruta muy ale-



jada de centros urbanos, hubo días en que de sólo pan y ajos se alimentó, pero se apresura a aclarar que habiendo dispuesto de más tiempo y preparado mejor sus rutas, aun esas incomodidades hubieran sido evitadas. Vamos a ver lo que nos cuenta de nuestras tierras, dando a esta expresión de «nuestras tierras» la extensión que venimos dándole en estos artículos; desde Elche hasta la frontera con Granada.

* * *

Desde Valencia viene a Elche que ansiaba conocer. La bella ciudad emplazada en un verdadero bosque de palmeras y en la que este grácil árbol crece aun en medio de las calles, aun dentro de los patios de las casas. La vista de este paisaje, trae a su memoria la llegada de los israelitas a Elim —primera cita bíblica (1) que hace—, y su maravilla y alegría al encontrarse «con doce pozos de agua y setenta palmeras». Supone Deverell que lo que causaría tal contento, serían los doce pozos de agua que sirvieran a aquietar la torturante sed del desierto, y piensa que los israelitas no hubieran sentido placer mayor en Elche, aun encontrando en él no setenta palmeras sino docenas de millares, porque Elche es una ciudad seca, carente de agua, con un régimen de lluvias escasísimo, donde se pasan meses enteros sin que caiga agua del cielo y donde, según le informa su huésped, hubo ocasión en que transcurrieron siete años sin llover.

Está el pueblo en una amplia llanura; pasa por él un río o arroyo, por un barranco profundo, seco las más de las veces, y rodeado de un verdadero bosque de palmeras. Es una ciudad oriental, un verdadero pueblo de Arabia con sus casas moriscas, bajas, cerradas al exterior, con sus tejados planos circundados de antepechos de mampostería, con las escaleras exteriores para subir a las azoteas, con pequeñas torres cuadradas, de vez en cuando, emergiendo entre las viviendas... la gente asomada a los antepechos; muchos tejados adornados con parras; algunas cúpulas esparcidas; una mezquita; una amplia prisión con el signo, en la fachada, de la media luna. Se creería uno en Arabia.

Hay un solo Elche en Europa, según frase de Ford, (aunque no lo cite Deverell), y como ya nos recordó Edwin Lee en uno de los viajes comentados en esta sección, y, aun en España, Elche es único. Ciertamente que en la península existen bastantes lugares en que crece la palmera, pero en ninguno de ellos lo es con la profusión que en este pueblecito alicantino; en ninguno son tan altas, tan esbeltas, tan frondosas; en ningún sitio se cultivan y cuidan con el esmero y con los excelentes resultados que aquí. Y ciertamente que España tiene bastantes ciudades con carácter marcadamente oriental, pero ninguna ha conservado esas esencias, fisonomía, es-



tado de sus edificios, costumbres, vestimentas, como Elche, que parece detenida en el curso de los siglos, estancada, sin que los años pasen por ella, alejada de todas las mutaciones que el progreso lleva consigo.

Las palmeras de Elche son de las que producen dátiles y las hay por todas partes. Pero lo digno de verse son los conjuntos que se crían en huertos, cerrados como jardines, cultivados con esmero, donde las plantaciones han sido hechas con rigor y método, en hileras ordenadas, con hondas regueras para conducir el agua escasa y poder regarlas y con todo lo que revela un cuidado atento y sistematizado. Tienen unos sesenta a cien pies de altura, viven centenarias y llegan lozanas hasta la vejez dando frutos y cumpliendo con su cometido hasta en sus últimos años de vida.

Y constituyen casi la fuente principal de ingresos de la población; no sólo por sus dorados y sabrosos frutos, codiciados en España y fuera de España, por existir un fuerte negocio de exportación, sino porque una clase de ellas, se dedica a explotar las palmas de las copas para ser utilizadas en el Domingo de Ramos, como el mismo Deverell había comprobado en Córdoba. Para ello es preciso lograr que esas hojas se blanqueen y adquieran esa bella tonalidad dorada pálida que las caracteriza, lo que se consigue atando las copas para dejar su interior protegido de la luz, del aire y de la humedad. Cuando la Semana Santa se aproxima, son abiertas las copas, cortadas las ramas, seleccionadas las palmas y remitidas a todos los pueblos de España para ser utilizadas el Domingo, al que ellas han prestado su nombre, como signo de bienvenida al Señor. En unas ocho mil se calculan las palmeras que cada año se dedican a ese menester.

Recoge el procedimiento de fecundación, casi artificial, para llevar el polen de la palmera macho a la hembra. Y recuerda que estos descubrimientos botánicos, que el hombre cree que son conquistas y consecuencias de sus estudios, no son sino cosas sabidas y archisabidas desde la antigüedad y que constituían, desde que el mundo es mundo, el acervo de conocimientos prácticos de generaciones y generaciones de gente aldeana y campesina. Esto le lleva a una digresión sobre la vanidad humana y sobre el escaso número de cosas que, pareciendo nuevas, flamantes metas alcanzadas por el hombre, no resulta que eran ya patrimonio de los pueblos más viejos.

Como en Elche se propone estar varios días y satisfacer plenamente el ansia que tenía de conocer la comarca, decide buscar alojamiento que le satisfaga y lo encuentra en el *Nuevo Restaurant y Hospedería de Juan Martínez y Cai*; es un alojamiento excelente, limpio, sin ser grande, con buenos dormitorios, comida satisfactoria y vino muy bueno. Deverell nos describe minuciosamente el local. Una entrada fresca, las puertas con cor-



tinajas para preservar el interior del calor y del polvo de la calle, con el clásico tinajero español al fondo, teniendo a derecha e izquierda, el comedor y otras habitaciones. Unas escaleras conducen a los dormitorios que hay en el piso superior. No tiene sala de estar, deficiencia sin importancia porque el viajero, en Elche, tiene poca necesidad de entretenerse en casa. El establecimiento, antes, se encontraba bastante desprestigiado y no era aconsejable para albergarse en él un extranjero; pero el nuevo dueño, que lo tiene sólo desde hace cinco meses, ha logrado mejorarlo, darle fama y crédito, y espera que dentro de poco esté todavía mejor y a la altura de los mejores hospedajes en ciudades similares.

En ese año, se está construyendo un ferrocarril que desde Murcia, pasando por Elche, llegue hasta Alicante; el obstáculo que supone el barranco por donde discurre ese simulacro de río que cruza la ciudad, ha sido salvado con un hermoso puente; la Estación se está construyendo en medio de un bosque de palmeras. Cuando ese nuevo sistema de comunicación se inaugure, todos esperan que Elche se vea más concurrido de visitantes que quieran gozar del pintoresco ambiente y bello paisaje que caracterizan a la ciudad. Deverell conoce al ingeniero que dirige estas obras, un español con sangre americana y hablando correctísimamente el francés. Se hospeda en la misma fonda y come a su lado.

El dormitorio que le asignan está orientado al Norte nordeste. Tiene un amplio balcón y a él se asoma con casi religiosa expectación y emoción para mirar al paisaje y esa emoción le lleva a entonar un inspirado canto a la palmera, a su esbelto fuste, a su glorioso penacho de verdes hojas, a sus racimos dorados pendientes de ellas en la cumbre, a su noble longevidad y su prolongada fecundidad hasta en la vejez; en suelos arenosos, en climas secos, en peladas llanuras y desiértos, la palmera ofrece al caminante extenuado un reposo fresco y seguro. Estas excelencias de la palmera, traen a su memoria otra cita bíblica (2): «El justo florecerá como la palmera; crecerá como el cedro del Líbano; plantado en la casa de Yahvé; crecerá en los patios de la mansión del Señor; en su vejez dará todavía frutos y estará fresco y lozano». Y a continuación recuerda a Salomón (3) cantando a la esposa: «En tu gallardía te asemejas a la palmera». Y para final la cita postrera de este momento: «Y llegó una gran multitud; llevaban ramos de palmas gritando: «¡Hosanna! Sea bienvenido el que llega en nombre del Señor» (4).

Para mejor ordenar su tiempo desea enterarse bien de las horas a que se come y cena y le dicen que a las diez de la mañana y a las siete de la tarde, y nosotros nos quedamos pensando que debió existir alguna confusión ante lo anómalo que es ese horario dentro de las costumbres españolas, aun en las zonas rurales; y, en efecto, almuerza después de las doce



y cena pasadas las ocho de la noche. Sale a dar una vuelta y ve a un chico elevando una cometa; le agrada ver como los chicos españoles tienen la misma costumbre saludable y entretenida de los ingleses, y espera que algún día esa imitación les lleve también a jugar al *cricket*. Más adelante se tropieza con la comitiva que anuncia por las calles un Circo que actuará en la ciudad ese día.

En su deambular por la ciudad vé la insignia de la media luna en la fachada de un edificio; al principio no supone que se trate de vestigios o signos externos de la dominación morisca, conservados todavía, porque recuerda que hace centenares de años que los moriscos habían sido expulsados; pero después piensa que es muy verosímil que así sea, dado el estancamiento de la vida en Elche y la pervivencia de maneras, costumbres y edificaciones de aquella época. Mirando más detenidamente, ve que son varios los signos similares en el edificio, bastante amplio, y se preocupa de suplicar a su huésped que le aclare tal peculiaridad. Se le informa que esa casa es el palacio del marqués de Lendinez, poseedor de una valiosa colección de antigüedades y su informante le promete gestionar la posibilidad de que el Marqués le permita visitar su casa.

Almuerza muy bien y decide asistir a la función circense. Invita a un muchacho y pasea un poco por las cercanías para hacer tiempo. Contempla el antiguo Alcázar, que es hoy una prisión o cárcel, y se tranquiliza viendo que los asesinos, ni siquiera en Elche, ciudad estancada, son desconocidos. Asiste a la función de Circo que es bastante aceptable.

Al regresar a la Fonda, a cenar, su huésped le da la agradable noticia de que ha obtenido del marqués de Lendinez una invitación para que nuestro hombre pueda conocer su casa y colecciones, después de Misa. Charla un poco con su huésped y su esposa que se lamentan de la pobreza española, frente a la riqueza inglesa. En un periódico que hay sobre la mesa lee unas noticias sobre la «mano negra» y sus huéspedes se apresuran a informarle que en Elche no existe nada de eso y que esa plaga es peculiar de Andalucía, atribuyéndola a la deficiente forma como se encuentra repartida la tierra en aquella región donde son frecuentes los grandes latifundios que contribuyen a fomentar el descontento de los que carecen de tierras y la violencia y represalias contra los terratenientes poderosos. En Elche —le dicen— la tierra se encuentra muy repartida. Aun el propio marqués de Lendinez, cuya casa va a visitar el día siguiente, y persona de las más ricas de Elche, no lo es a la manera que lo son los ricos de fuera de España y su principal fortuna se encuentra en Andalucía. Deverell se extiende en una larga divagación sobre esta errónea creencia que no es peculiar de España, ni mucho menos, que él ha oído exponer a muchas gentes en Francia y en Inglaterra.



Se retira a descansar para levantarse al día siguiente a las seis de la mañana y poder, antes de la Misa, dar una vuelta por los alrededores. Su curiosidad le lleva a entrar en alguno de los huertos de palmeras para ver como son plantadas y cultivadas y ello le hace llegar con retraso a la Iglesia; a las ocho y media cuando están ya en el sermón; el sacerdote habla a los fieles sobre el Espíritu Santo, tema apropiado puesto que ese día es Domingo de Pentecostés. Tiene que marcharse antes de que el orador sagrado termine su plática para no ser descortés, faltando a la puntualidad, con quien le invita. Y contra las leyendas que corren sobre la puntualidad española, comprueba que ha llegado un poco tarde y que en lugar de esperar él al Marqués, como manda la cortesía, el Marqués le estaba esperando.

Este marqués de Lendinez, en 1884, es don Rafael Brufal y Melgarejo y habita una vieja casa, grande, vetusta, parte de la cual fué construída por los romanos y le recibe con ademán ceremonioso y amable. Tienen una conversación breve en el salón, y pasan pronto a visitar el Museo de la casa formado, en su totalidad, con objetos recogidos en excavaciones por los alrededores de Elche y predominando las antigüedades romanas. Pero el Marqués es un buen numismático y posee una excelente colección de monedas antiguas, perfectamente ordenadas, rigurosamente catalogadas y revelando la obra de un estudioso más que de un mero aficionado.

Cuando examinan las riquezas atesoradas por don Rafael, hace su entrada en la habitación la Marquesa que produce excelente impresión en nuestro hombre; la acompaña su hija, una niña, que juega con una mariposa. Deverell, en su interior, se escandaliza pensando que cuando en España se acostumbra a los niños a jugar y a martirizar pequeños bichos indefensos, no es extraño que de mayores gozen con el espectáculo cruel de las corridas de toros; pero su honestidad le lleva rápidamente a reconocer que también los niños ingleses —y él mismo en su infancia— juegan con mariposas y torturan a placer a los indefensos animales. La niña, con gesto ingenuo, ofrece su paciente mariposa a Deverell «para su hijita» según le traduce el Marqués ante la difícil comprensión del balbuciente lenguaje de la pequeña... pero Deverell es un recalcitrante soiterón. Quien sale ganando de este torneo de cortesías e incomprensiones es el desventurado insecto que aprovecha la ocasión para escaparse de las manos de la niña y huir por un balcón, con gran satisfacción de nuestro hombre.

Se asoman a los balcones del palacio desde los que se goza de una bella vista sobre la ciudad; el Marqués le obsequia con un cigarro puro que, aun no siendo Deverell sino muy mediano fumador, le acepta com-



placido. Al despedirse le muestra su gran gratitud por la atención que le ha dispensado, y se marcha a la Fonda.

Recibido por el marqués de Lendinez, nuestro hombre ha ganado la suficiente celebridad y ya tiene abiertas todas las puertas de Elche; su huésped le lleva de visita casa de uno de sus amigos y esta visita le sirve a nuestro hombre para hacer una extensa digresión sobre las excelencias de la cortesía española en materia de hospitalidad, dedicando más de una página a las alambicadas fórmulas de civilidad, en tales casos, de llamar *su casa*, a la en que el invitado es recibido: Esta es *su casa*... ¿No quiere vd. honrarnos entrando en *su casa*...?

Visita al Casino, y más tarde nueva visita a la Iglesia porque ha percibido, frente a ella, muchos hombres parados en respetuosa actitud, que de vez en cuando bajan la cabeza solemnemente y en señal de reverencia. Comprueba que se trata de un entierro y deja constancia de la costumbre, en España, de llevar a la Iglesia los cadáveres.

Regresa a cenar. En el comedor celebran una cena alegre el Ingeniero que dirige las obras del ferrocarril y algunos amigos; cena con champagne. Le invitan; declina; le vuelven a invitar; vuelve a declinar; ofrecimientos de cigarros. La comida es buena y la gente muy obsequiosa. Cuando al terminar, salen todos a tomar el café fuera de la Fonda, reiteran la invitación y él insiste en su rehuso. Este torneo da pie para otra larga digresión en materia de cortesía en las invitaciones y ofrecimientos. El español ofrece siempre todo lo que parece agradar a su interlocutor, o lo que él cree que puede serle útil; pero una sutil gama existe en estos ofrecimientos. El primero es de pura cortesía y es absolutamente necesario declinarlo como esencial deber de educación; el segundo, significa ya un propósito serio de obsequiar, pero entonces la cortesía aconseja rehusar de nuevo; y sólo la tercera insistencia es la que permite una aceptación dentro de las normas usuales de civilidad.

Deverell decide partir para Murcia, pasando antes por Orihuela, en la diligencia que sale a las diez y media de la mañana. Desayuna y su huésped le invita a no tener prisa porque hay tiempo suficiente, aunque a la postre tenga que andar a carreras porque le avisan que el coche se encuentra a punto de partir. Satisfecho de la cortesía con que ha sido tratado, intenta remunerar a su huésped regalándole un cortaplumas inglés que el huésped ¡como nó, después de lo que hemos visto!, rehusa. Sólo a instancias de su esposa lo acepta tras reiteradas insistencias. Deverell se marcha muy contento. Ha pagado dos dólares por dos días, por dormir, desayunar, almorzar y comer con buenos manjares y excelente vino, sin extras de ningún género. Es lo más barato que ha pagado jamás y, en



varios sitios, Málaga Barcelona, Madrid y Santander, le costó el doble y aún el triple. Da por bien empleados esos dos días.

De paso hacia Orihuela encuentra en Crevillente, en Coj y en Callosa, algarabía en las calles y tañido de campanas que él atribuye a que es lunes de Pentecostés creyendo que esa festividad se celebra en España como en Inglaterra. Al llegar a Callosa, encuentra ya la huerta espléndida. Llega a Orihuela a las dos de la tarde con el proyecto de pasar allí la noche porque le han encarecido el carácter oriental de la ciudad. Gran calor, pero un calor seco y tolerable. Excelente huerta, regada por el Segura y casi rival de las de Valencia y Murcia; riqueza proverbial que ha dado motivo a refranes y dichos de que ya tienen conocimiento nuestros lectores por los artículos anteriores: «llueva o no llueva, trigo en Orihuela».

Pero después de haber visto Valencia y, sobre todo, Elche, esta ciudad en donde se encuentra ya nada tiene que enseñarle en materia de orientalismo y decide seguir adelante. Y apenas cambian los tiros de caballos de la diligencia continúa hacia Murcia. Paisaje áspero, al salir, con cadena de montañas a la derecha. Pronto entra en el valle fertilísimo que, a su izquierda, se despliega en una gran extensión. Cruza un río seco al que llaman la Rambla, derivada del árabe *raml*. Aunque esa palabra *rambla* la había visto utilizada en el lenguaje escrito, no sabía que fuera usada en el hablado como un apelativo. Le dicen que la que está cruzando, aunque seca durante muchos meses, tiene épocas en que se llena de agua y durante las cuales incluso se puede pescar en ella y cazar aves acuáticas. En verano está tan totalmente seca que puede caminar por su lecho sin el menor riesgo de mojarse el calzado.

A las tres y media de la tarde está en Santomera donde de nuevo el paisaje es árido. Pero muy pronto se adentro en la vega murciana de la que le maravilla su riqueza, su fertilidad, su plenitud, la sinfonía de colores de las hojas, flores y frutos. La compara con la valenciana y encuentra la nuestra más rica en variedad de árboles y de cultivos porque en Valencia es frecuente el encontrar grandes extensiones donde sólo los cereales se producen. Le extraña ver, con gran profusión, muchachos y hombres subidos en las copas de los árboles despojándolas de sus hojas que bajan después en canastos suponiendo, con acierto, que se trata de moreras. Más adelante sabremos el motivo de esta duda. Y continúa adelante, por una bellísima ruta, con montañas a la derecha, y a la izquierda, entre la carretera y el mar lejano, la magnífica llanura multicolor de la vega hasta donde los ojos alcanzan, para llegar a Murcia a las cinco de la tarde.

Se hospeda en la *Fonda de Patrón*, que ya conocía de antes a la que



va, andando, desde el punto donde para la diligencia, acompañado de uno de los viajeros que con él vinieron; ha dejado el equipaje, al bajar, con el encargo de que le sea enviado a su alojamiento. La Fonda de Patrón, como casi todos los locales similares, se encuentra en un edificio cuyo piso bajo no está destinado al alojamiento; las dependencias de recepción, y los dormitorios se encuentran en el primer piso. En él, vé Deverell los mismos cuadros que había unos años antes en la primera vez que visitó el local. Le dan, provisionalmente, una habitación donde ya había un huésped mientras hacen los arreglos para poder lograrle otra independiente. Sale a dar una vuelta y al regresar ya se encuentra su equipaje, y un cuarto para él solo que le parece ser el mismo que había ocupado en 1879. Tiene un balcón, con toldo, a una calleja estrecha desde el que ve los balcones de la casa de enfrente a los que se asoman chicas muy guapas.

Como la etapa que viene es larga, decide prepararla con tiempo. El quiere ir a Granada a caballo y esto no sólo produce enorme extrañeza en todo el mundo a quien consulta, sino que todos se obcecán en disuadirle de su empeño. Le aconsejan el ferrocarril a Cartagena, el barco hasta Almería y de nuevo la vía férrea hasta Granada; pero Deverell no quiere ni oír hablar del ferrocarril; desea ir por el campo, con libertad para detenerse donde le plazca, sin verse obligado a horarios fijos. La discusión se prolonga y, como no hay diligencia a Granada, vuelven a aconsejarle que vaya por carretera, pero en vehículos regulares hasta Almería y desde allí a Granada. Nuestro hombre se muestra firme en su propósito e insiste en hacer el viaje, 170 millas, en dos días a caballo porque le han informado que el camino es bastante bueno.

Su terquedad levanta verdadero chaparrón de objeciones; el camino es muy largo...; va a tardar muchísimo tiempo...; lo que pretende es sumamente incómodo...; es incluso peligroso...; es mucho más rápido, seguro y cómodo el viaje en ferrocarril o en diligencia. Y hay una larguísima digresión sobre los esfuerzos que hace la gente para impedir que uno haga lo que quiera cuando ello pugna con su criterio, llegando incluso a procedimientos francamente desleales con tal de salirse con la suya y de estropear a los demás sus planes; en este caso le boicotean todos los contactos que pretende establecer con quienes alquilan caballos, retardan entrevistas, fingen dificultades... y a la postre se salen con la suya, aunque sólo a medias; Deverell irá a Lorca en diligencia y allí intentará encontrar menos obstáculos para sus planes. Para información de futuros viajeros deja constancia de que se está construyendo una línea férrea directa de Murcia a Granada que entrará en funcionamiento dentro de tres años.



Después de esta larga lucha en que ha sido vencido por la rutina, se dedica a visitar la ciudad. Y como es de noche sólo puede ir al teatro; buen edificio, buena representación, buena compañía. Al día siguiente comienza por recorrer los alrededores y encuentra la ciudad muy similar a Valencia. Tiene noventa mil habitantes, es bastante morisca y está enclavada en una fértil huerta que el Segura riega. Sus principales productos industriales son la seda, la sosa obtenida de la barrilla, el esparto y la minería en la que ya debieron trabajar los fenicios; fué dominada sucesivamente por cartagineses, romanos, godos y árabes.

Visita a la torre de la Catedral a la que se sube por una pendiente suave. Arriba le aguarda un panorama como jamás había visto desde lo alto de ningún edificio. En su vida había contemplado maravilla similar. La mañana es enormemente favorable por la claridad del aire que permite a la vista llegar a los puntos más alejados. Parece que el paisaje, el clima, el aire y el punto de vista para contemplarlo hubieran sido preparados adrede. Está allí, encantado, un largo rato. La Catedral es grande, con noble fachada, de gran mérito aunque no sea una de las de primera fila. Entre sus riquezas se encuentran el corazón y las entrañas de Alfonso X el Sabio que el rey, que había conquistado la ciudad, le dejó como prueba de su afecto; el cuerpo del monarca se encuentra en Sevilla.

En un largo párrafo, lleno de sus usuales digresiones, comenta la vestimenta usual en la gente de la huerta; sombrero negro, calzones blancos —como bragas— hasta debajo de la rodilla, sandalias y faja encarnada; cree que es un error el dicho de otros viajeros sobre el traje oriental murciano; él no ha visto nada que se asemeje al turbante de que otros hablan, pues no ha visto ni un solo pañuelo blanco a la cabeza y sí en cambio pañuelos de colores diversos.

Gran cortesía en el pueblo para ser útil al forastero que necesita algo. Desea visitar una iglesia y al preguntarle a un transeúnte el camino para ir a ella éste le acompaña hasta la puerta, aun habiendo tenido que desviarse de su ruta un largo trecho y no permite aceptar la menor retribución y se ofrece para acompañarle a otros sitios si lo desea. En otra ocasión tenía que hacer un envío por el correo, pregunta dónde se encuentran las oficinas y la persona a quien había acudido no sólo le lleva a donde quería sino que encuentra un comercio donde, con gran amabilidad, le preparan el paquete e incluso se lo pesan y embalan. Y como se trataba de persona a la que, por su aspecto externo, no parecía oportuno ofrecerle dinero como gratificación, Deverell la invita a café y a un cigarro puro. Y cuando va a pagar el gasto hecho, su sorpresa no tiene límites cuando, al unísono su interlocutor y el mozo que les había servido le dicen: «Esto está ya pagado». Le costó un trabajo enorme conseguir que le per-



mitieran invitar él; tuvo que recurrir a alegar que teniéndose que ir al día siguiente, temprano, no le iba a ser posible corresponder como la cortesía manda, e incluso a suplicar que le otorgaran ese favor invocando su calidad de extranjero. Nueva digresión sobre la cortesía española que considera superior a la inglesa, pues aunque en Inglaterra la gente sea amable y servicial, esos sentimientos se encuentran mezclados con otros y resaltan con menos vigor que en los españoles.

Pensaba ir a Cartagena pero guarda mal recuerdo de una visita esporádica que a tal ciudad había hecho en el viaje anterior. El capitán del barco en que viajaba le aseguró que podía bajar en Cartagena y dar una vuelta por la ciudad porque la nave no zarparía hasta el anochecer; y cuando nuestro hombre, en plena siesta y con un gran calor se apresuró a ir al puerto a reintegrarse a su barco, éste había partido a mediodía llevándose su equipaje. Tuvo entonces que irse a Murcia y de allí a Valencia por tierra, esperar allí el barco, y seguir una serie de pesquisas para localizar la compañía armadora y poder recoger sus bártulos. Decide continuar otro día en Murcia.

Visita el *Almudí*, que sigue siendo utilizado como depósito de granos y el barrio gitano. El día es de un calor agobiante, tan agobiante que encima de un edificio con tejado metálico, recalentado por el sol, el aire parece vibrar y bailar lleno de temblores. ¿Quién ha dicho que no se puede ver el aire? El lo ha visto en esa ocasión.

Excursión para visitar el Monasterio; regateo pintoresco al alquilar, para ello, una tartana; le piden venticuatro reales; encuentra caro el precio; le preguntan qué cuanto quiere dar; dice que quince reales y por quince reales le llevan; en España es usual el regateo. La tartana es conducida por un muchacho y alterna el trote con el paso cansino y lento. Pasa por la hermosa Alameda con bellos árboles a los lados, pero pronto se acaba el buen camino.

Se encuentra, en ruta, con tres frailes que le saludan quitándose el sombrero; le extraña tan acusada cortesía y el tartanero le dice que todos los frailes son igual y que hasta a un muchacho saludan sombrero en mano. Vuelve a ver la extraña faena de arrancar las hojas de los árboles para llenar con ellas capazos y llevárselas; las arrancan de los modos más diversos; una a una; subiéndose a las copas; bajando las ramas desde el suelo; cogiendo los tallos a mano cerrada desde su nacimiento en el tronco y deslizando la mano a lo largo para arrancar, de una vez, todas las que el tallo contiene. Pregunta y le dicen —como él sospechaba— que son moreras y que las hojas se recolectan para alimentar a los gusanos de seda. Pero él creía que el gusano se alimentaba con las hojas de more-



ra, pero en él árbol y que en el árbol formaba sus capullos. La morera da tres cosechas de hoja cada año.

Le encanta encontrarse con hombres y con chicos que cabalgan o conducen borricos y porque ve el cuidado y cariño con que tratan al animal; recuerda que no es así en Inglaterra y atribuye el mal carácter de los asnos ingleses al mal trato que de sus dueños reciben. Como en todo este deambular le es dado este día ver cómo se avecinan la tierra áspera casi desértica, y la vega frondosa y magnífica abrazando a la ciudad, entona un bello canto a Murcia a la que proclama ciudad oriental sin par en España, porque en ella se realiza, plenamente, la esencia de esas ciudades; núcleos urbanos característicos enclavados en una comarca fertilísima, pero pequeña, siendo sólo un anillo en torno al pueblo, y, después, el desierto.

Visita el Monasterio que sólo tiene digno de verse la Capilla y no de especial mérito; gran edificio y hermosos jardines, como oasis en el desierto, y el bello y fino fondo de las colinas lejanas. Queda sumamente satisfecho de la excursión. Al regresar a Murcia vuelve a encontrarse con los tres frailes, que le reiteran sus muestras de cortesías en el saludar. En las cercanías un niño juega a elevar su cometa y le da pie para un nuevo párrafo laudatorio de estas distracciones tan adecuadas en la niñez. Un poco más allá, otros rapaces se entretienen jugando a la taberna —*leap-frog* o salto de la rana— pero lo hacían —a juicio de Deverell— bastante mal.

La salida para Lorca la realiza a las ocho de la noche, en la diligencia, merced a la pesadez de sus contradictores, pero saliéndose un poco con la suya. Para poder otear el paisaje —que no podrá por que el viaje lo hace de noche— ocupa un puesto en el *coupé*, en la parte delantera del coche, arriba; lo que en España se llama la *imperial*. Al partir se ve acosado por un individuo al que ni llamó, ni utilizó sus servicios, ni le atendió en nada y que, sin embargo, le importuna reiteradamente extendiendo la mano con ademán menesteroso y, ante su pasividad, chasqueando los dedos pulgar, índice y cordial con ese expresivo ademán significativo de moneda. Se siente verdaderamente extrañado de la conducta del importuno. Si Deverell resucitara y volviera a España, sobre todo a Madrid, vería como ha proliferado esa especie individualizada hoy con profusión extraordinaria en los «abrecoches».

Como salen de noche la oscuridad es completa; aunque hace luna lo es con poca intensidad. No puede ver el paisaje ni darse cuenta de los lugares por donde pasa. El cambio de caballos se hace en cuadras o establos adecuadamente escalonados a lo largo del camino. Su curiosidad le lleva a bajarse para examinar uno de ellos y ve que son unos locales bastante amplios, bien acondicionados, cálidos y confortables, como la mayoría de



las cuadras españolas suelen ser. Cruza varios pueblos durante el trayecto; Librilla, muy pintoresca, cuartel general de los gitanos; Alhama, con un hermoso y moderno balneario; Totana, otro pueblo con gran contingente gitano en su población.

Llega a Lorca y se aloja en la *Fonda la Roca u hospedaje del Comercio*. Divagación sobre la calificación de los albergues españoles: *Posada, Fonda, Hotel*; existe toda una especie de competencia por pasar de una categoría a otra; nos dice que las diferencias de categoría son muy relativas y circunscritas a una misma localidad por lo cual, una posada, en un sitio, puede ser mejor que una fonda en otro.

Nos confiesa que en estos parajes áridos enmedio de zonas tan des pobladas, tenía dudas de que fuera posible encontrar algo decoroso en materia de gentes, de pueblos o de albergues. Generalmente, en España, se considera toda esta comarca en que se encuentra como cuna de ladrones y país de ajos, y se cuenta y recuenta sobre sus incomodidades características, inseguridad de los viajeros, y escasísima confianza que pueden depositar en las gentes con quienes traten. Deverell encuentra la Fonda confortable, la comida satisfactoria y la gente excelente. Cuantos temores y recelos albergaba al venir, fruto de la pésima fama y de los malos informes que le habían sido dados, se habían disipado en absoluto cuando llegó la hora de marcharse de Lorca. Y esto le lleva a una nueva cita bíblica (5): «En verdad Jahvé está en este lugar y yo no lo sabía». Los españoles, y España, son mejores de lo que él había pensado. Cuando había llegado a su albergue, una mujer le acompañó al dormitorio que se le había destinado, y él se acostó pensando en qué sorpresas desagradables o qué desgracias le aguardaban. Al día siguiente cuando se despertó, a las ocho de la mañana, vió que ni le habían asesinado, ni robado, ni le habían devorado los insectos.

Lorca se encuentra enmedio de una desolada comarca, lejos de la línea de ferrocarril y en sitio poco conocido como no sea de los coterráneos. Tiene 50.000 habitantes. Es ciudad muy antigua, edificada en las márgenes de la *Rambla Sangonera*; contiene algunas buenas casas con ventanas con sus rejas como es usual en España. Pasea para conocer el pueblo y sus alrededores; la mañana es muy agradable; el aire claro y fino. Sube a un morisco castillo con largos lienzos de murallas sobre un cerro llamado *Monte de oro*; desde él se goza de una magnífica vista; por un lado las tierras cultivadas y de otro una vasta extensión de violenta grandeza no desagradable como paisaje, y con un bello juego de luces y sombras en las montañas; en alguna que otra parte, eras de trillar que, al parecer, están siendo preparadas para la función a que se destinan.

Y, como es lógico, nuevas discusiones cuando prepara la continuación



de su viaje hacia Granada. No hay diligencias directas; las hay, pero por vía Almería; no las hay vía Baza; no debe ir a caballo él solo. Le ofrecen o una *tartana* con un caballo, por ocho dólares, o una *tartana* y tres caballos por nueve. Esto pagando el tartanero sus gastos y los de las caballerías. El trato se realiza, como también es usual en España, a la entrada de la Fonda y a presencia de numerosa gente que se acerca a curiosear. Decide aceptar la *tartana* con tres caballos y nos cuenta que, no obstante lo convenido, pagó algunos gastos del tartanero en las dos posadas que utilizaron en el camino y aun le dió una gratificación en metálico al terminar sus servicios. Encuentra el precio sumamente moderado, más barato que en Inglaterra aunque esa baratura lo es por el excesivo tiempo que en España se gasta en las cosas; ese mismo viaje, en Inglaterra, hubiese sido más rápido y por lo tanto, en relación, quizá más barato. Pero nos cuenta que en los Pirineos tuvo que hacer dos desplazamientos, de Bayona a Elizondo con un francés que hablaba español y de Solsona a Bourg-Madame, con un español que hablaba francés, y le cobraron diez francos por un día, en realidad por diez horas de servicio. Los españoles no adulterados por la civilización son más honestos. Por eso aconseja que se huya del trato con aquellos que demuestran tener algunos conocimientos de francés o de inglés, sobre todo si se muestran muy solícitos.

Acabado el trato vuelve a deambular por la ciudad y ve un hermoso jardín bien cultivado y cercado, rico en flores y frutos. Está en él, trabajando, su dueño con aspecto de persona humilde y modesta. Le pide permiso para entrar y le es concedido en el acto; lo recorre y al despedirse intenta dar una gratificación que le es rehusada. Pero él le da algo a un niño que parece ser hijo del dueño y entonces la esposa, también presente, le regala un magnífico ramo de flores. Nueva divagación sobre la cortesía de las gentes en España; sobre las fórmulas de ofrecimiento de la casa. Los españoles son más simpáticos que los ingleses aunque tengan, como su país, otros defectos.

En la Fonda larga conversación con su huésped que le enseña unas fotografías de algunas minas y le ilustra sobre las existentes en las proximidades, porque sus hijos están trabajando en ellas. Le enseña también la fotografía de un joven inglés que había sido asesinado, hacía cuatro años, precisamente en el mismo camino hacia Baza, que Deverell va a seguir al día siguiente aunque se apresura a ahuyentar sus temores asegurándole que su viaje es absolutamente seguro y sin peligro alguno.

Un pintoresco diálogo con el fondista nos descubre sus ideas republicanas; hablando de la pasada historia de España Deverell recuerda las épocas en que había varios reyes en la Península y dice que ahora, unificada España hace siglos, se estará mejor con un rey solo. Su interlocutor



le contesta: «¿Reyes? ¡Ni uno!», confesándose republicano y diciéndole que existen muchos en España porque el Rey no tiene buena cabeza y sólo nombra Gobiernos muy malos. Prosigue la discusión sobre los regímenes constitucionales: Nuestro hombre intenta convencer a su interlocutor de que una Constitución es algo vivo, que crece como un ser viviente y que la Constitución inglesa ha tardado más de quinientos años en formarse. Algunos comentarios —del huésped— sobre políticos republicanos; Castelar, gran orador, gran escritor, pero hombre no dotado para la acción política.

Nuevo paseo por la tarde a ver el llamado río, o arroyo o rambla, que está totalmente seco. Sin embargo en ciertas épocas del año, no sólo trae agua, sino que la trae con exceso, produciéndose inundaciones sumamente perjudiciales. Recuerda la de 1880 que produjo innumerables daños y que fué una verdadera catástrofe para toda la región del sudeste español. Para poder aprovechar esos caudales de agua no utilizables en el acto se ha construído un pantano que las almacena para dedicarlas después al riego. Sobre la rambla un bello puente construído por un ingeniero lorquino que el huésped afirma que es el mejor del mundo; tan bueno que a él acuden en consulta ingenieros de otros sitios. Invita a su huésped a tomar café y aquél rehusa. Se marcha a dormir.

Sale para Baza a las cinco y media de la mañana, completamente feliz y contento del trato recibido en Lorca y de como habían resultado mendaces las informaciones malas que le habían dado. Buen tiempo. La *tertana* es un carruaje tosco pero se habían esforzado en acomodarlo y arreglarlo para hacérselo confortable y cómodo. El cochero hombre serio y formal todavía joven. Los caballos hermosos y bien cuidados que su dueño trata casi familiarmente. Ha llevado un muchacho para que le sirva de ayuda.

La comarca es muy áspera, solitaria; sierras sombrías; peladas llanuras; muy pocos pueblos al paso. Llegan a Puerto Lumbreras: caminan largo trecho por el cauce de un arroyo seco, una rambla; se ven en las cercanías cuevas habitadas por gente. Es la *Rambla del Nogalte*. Deverell deseaba mucho comprobar la existencia de estas corrientes de agua —ya ha visto varias en esta región— veleidosas, inconstantes, que en largos períodos se secan, desaparece todo vestigio de lo que fueron, y puede transitarse por ellas como por un camino. Y esto le lleva a otra cita de las Sagradas Escrituras (6): «Mis hermanos han sido inconstantes como un torrente, como el lecho de los arroyos pasajeros; los hielos alimentan sus aguas sombrías; su caudal crece cuando las nieves se funden; pero en la estación seca, se agota y desaparece bajo los ardores del sol; por ellos se extravían las caravanas y se pierden en el desierto; las caravanas de



Tema van buscándolos con los ojos y en ellos tienen su esperanza los convoyes de Saba; su confianza se ve traicionada y cuando llegan a ellos, quedan confundidos».

Y como nuestro hombre ya va camino de Vélez Rubio, y eso queda fuera de nuestros propósitos, le decimos adiós.



N O T A S

Primera. Las citas bibliográficas, tomada la lectura de la moderna edición de la *Biblia de Jerusalén*, son: 1.ª *Exódo*, 15-27. 2.ª *Salmo 92* (91 de la Vulgata) 13-15. 3.ª *Cantar de los Cantares*. 7-8 y 9. 4.ª *Evangelio según San Juan*. 12-13. 5.ª *Génesis*, 28-18. 6.ª *Job*, 6-15 a 20.

Segunda. No obstante nuestras búsquedas no podemos dar al lector, sobre F. H. Deverell, otra noticia que la de haber escrito también una obra, relatando su viaje por Palestina y Siria, Londres, 1899, y otra sobre el valle de Andorra, en 1886, que fué traducida al francés. Agradecemos a nuestro amigo Mr. Jean Peeters-Fontainas, esta información.

